El jardinero de las macetas vacías

Shyvirelle

Fabián supo que había algo malo en las macetas cuando recordó a una mujer a la que nunca había conocido.

El recuerdo llegó un miércoles, a media mañana, sin la vaguedad de un sueño. Estaba en la parada de un autobús que no reconocía. Llovía. Una mujer con una chaqueta oscura le había ofrecido el extremo seco de su paraguas. Él recordaba incluso la incomodidad de arrimar el hombro al de una desconocida. Pero llevaba más de veinte años sin subir a un autobús bajo la lluvia y, aquella mañana, el cielo sobre el patio estaba despejado.

El patio pertenecía a un edificio antiguo de viviendas. Era estrecho, rectangular y completamente abierto al cielo. Las baldosas conservaban humedad en las juntas aunque pasaran días sin llover; las paredes acumulaban marcas de escobas y bicicletas apoyadas. Fabián había aceptado el trabajo de jardinero después de jubilarse el encargado anterior. No había jardín que atender: barría el patio y revisaba unas macetas de barro vacías contra la pared del fondo.

Las macetas no contenían tierra, piedras ni raíces. Al mirar dentro se veía el fondo de cada recipiente, limpio y áspero. Inés, la vecina del segundo piso, tenía la costumbre de echarles un poco de agua sin detenerse a mirar. Fabián la había visto hacerlo varias mañanas: avanzaba con su regadera de metal, inclinaba la boca sobre los recipientes y seguía caminando mientras el agua salía por los orificios y corría hacia el desagüe.

—¿Para qué riega algo que no tiene nada? —le preguntó una vez.

—Porque antes me tocaba —respondió ella. Luego pareció desconcertada por su propia respuesta.

Aquella semana el ayuntamiento iba a revisar los objetos de uso común del edificio. La administradora, Lucía, había fijado en el tablón un aviso sobre el recuento municipal del viernes. Fabián debía dejar despejado el patio y señalar qué recipientes pertenecían a la comunidad. No parecía un trabajo difícil.

Inés fue la primera en contar las macetas en voz alta. Se había detenido al ver el aviso, con la regadera colgando de una mano, y empezó desde la más próxima a la puerta.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

Fabián estaba a su lado. Al terminar el último número, ambos se quedaron inmóviles. A él le llegó la escena de la parada: el olor húmedo de la lana, una gota que corría por el mango del paraguas, la voz de la mujer preguntándole si faltaba mucho para que llegara el autobús. No era una imagen que intentara imaginar. Era un recuerdo ya hecho, con el peso inexplicable de las cosas vividas.

Inés dejó la regadera en el suelo.

—Acabo de acordarme de una señora —dijo—. Me pidió que le sostuviera una bolsa en una parada. Tenía la manga de la chaqueta empapada.

Describió la misma cara alargada, el mismo mechón gris junto a la oreja. Ninguno supo decir cómo se llamaba. Fabián había llevado durante años una pequeña libreta para apuntar el riego y la limpieza; anotó lo ocurrido sin emplear números para describir los recipientes. Mientras escribía, descubrió un botón de nácar en el borde de la maceta más cercana. Estaba mojado por un lado, como si acabaran de arrancarlo de una prenda bajo la lluvia.

No habían visto caer ningún botón. Inés aseguró que las macetas estaban vacías cuando había pasado con la regadera. Fabián lo guardó en un sobre. Pasó el resto del día buscando en sus propios recuerdos a aquella mujer, hasta que encontró lo único que no encajaba: en la época que le sugería la parada, él vivía en un pueblo sin líneas de autobús.

A la mañana siguiente, Lucía bajó con un portapapeles. Iba a preparar la relación de bienes antes de que llegara el funcionario. Fabián quiso advertirle, pero no encontraba una explicación que pudiera pronunciar sin parecer ridículo. Ella miró la hilera de barro y la contó de principio a fin, también en voz alta.

Esta vez la memoria no fue una parada. Fabián se vio sentado a una mesa de cocina pequeña. Tenía las manos de un niño y trataba de alcanzar un plato. La mujer de la chaqueta oscura estaba junto a la ventana, pelando una naranja. Su mano izquierda mostraba una cicatriz fina en la muñeca. Fabián supo, con una certeza que lo asustó más que la imagen, dónde guardaba ella los vasos y cómo sonaba su risa cuando se equivocaba al cantar.

Lucía apoyó el portapapeles contra su pecho.

—Yo he estado en esa cocina —susurró—. Me acuerdo del azulejo rajado junto a la puerta.

Fabián no le había hablado de ninguna cocina. Encontraron una llave antigua entre dos macetas, envuelta en un hilo azul. No estaba allí antes de que Lucía empezara a contar. La llave parecía demasiado usada para ser nueva y demasiado limpia para llevar años en el patio.

Inés regresó del mercado poco después. Recordaba la parada, la lluvia y la mujer que había necesitado ayuda con una bolsa. No sabía nada de la cocina. Lucía, que no había estado presente el miércoles, recordaba la cocina pero no la parada. Fabián, que había oído ambos recuentos, recordaba las dos escenas. Al escucharlos, Inés no consiguió recuperar el episodio que le faltaba; pudo describirlo con palabras, pero no sentirlo como propio.

Aquella diferencia fue lo primero que Fabián pudo comprobar. En la libreta trazó tres columnas: quién estaba presente, quién había oído los números y qué recordaba después. No incluyó los nombres de los supuestos familiares de la mujer, porque ninguno coincidía cuando intentaban precisarlos. Escribió en cambio detalles concretos: la cicatriz, el olor a naranja, el azulejo roto. Después comparó las escenas con sus fotografías de infancia y con los relatos que conocía de su madre. La cocina prestada no pertenecía a su vida.

La administradora quiso llevar las macetas al depósito municipal de inmediato. Fabián le pidió que esperara hasta la tarde. No sabía si el problema estaba en el barro, en el lugar o en las voces; moverlas sin entenderlo le parecía otra manera de arrastrar el peligro. Se odiaría luego por aquella prudencia.

Para comprobar qué sucedía cuando solo una persona oía un recuento, eligió quedarse a solas en el patio. Avisó a Inés de que se alejara hasta la calle siguiente y cerró la puerta de acceso, aunque las macetas siguieron bajo el cielo abierto. Puso la libreta sobre el banco, escribió lo que recordaba antes de empezar y, sintiendo una vergüenza infantil, volvió a decir la secuencia completa.

La mujer ya no era una pasajera ni una visita de cocina. Estaba sentada en el borde de una cama, sosteniendo un guante muy pequeño entre las manos. Fabián conocía el tacto de aquel guante: la lana picaba en los dedos, y uno de los pulgares había sido cosido dos veces. También recordaba haber permanecido junto a ella durante una noche en la que un niño respiraba con dificultad. La desesperación de la mujer le cruzó el pecho como si hubiera sido suya. Quiso pronunciar el nombre del niño y no encontró ninguno.

A sus pies había aparecido un guante de lana azul. Tenía el pulgar remendado. Fabián lo dejó donde estaba hasta que sus manos dejaron de temblar; después lo metió en otro sobre. Cuando Inés regresó, le preguntó por el niño, por el guante y por aquella noche. Ella no recordaba nada de eso. Sí seguía recordando la parada. Fabián volvió a hacer las preguntas con otras palabras, sin ofrecer detalles que pudieran sugerirle la respuesta, y la respuesta fue idéntica.

Entonces entendió al menos una parte de la regla: no bastaba con mirar las macetas ni con saber que alguien las había contado. Había que oír el recuento. Quien lo escuchaba adquiría una memoria ajena. Cada vez aparecía un objeto que pertenecía a esa historia, y cada escena acercaba un poco más a la mujer desconocida, como si una intimidad entera buscara dónde alojarse.

La libreta demostraba otra cosa que le desagradó: sus recuerdos añadidos tenían fecha y olor, pero no podían acomodarse en ninguna versión comprobable de su vida. La mujer aparecía en vidas distintas y, sin embargo, en todas parecía tener derecho a ser querida. Fabián comenzó a preguntarse si, después de suficientes recuentos, todavía sería capaz de distinguir ese afecto impuesto del suyo.

Al atardecer pegó sobre el tablón una hoja con una advertencia breve: «No contar las macetas en voz alta». Lucía estaba de acuerdo en retirarlas, pero quiso consultar antes a los propietarios porque eran bienes comunes. Quedaban pocas horas para la inspección. Inés dejó de regar.

Marcos, que vivía en la planta baja, volvió del trabajo cuando el patio estaba casi oscuro. Le molestaban las notas anónimas y las prohibiciones sin explicación. Había visto a Fabián escribir en la libreta y creía que la comunidad estaba exagerando para aplazar la inspección. Lucía alcanzó a decirle que esperara. Él miró las macetas y empezó a contarlas con voz clara, como quien demuestra que un gesto corriente no puede hacer daño.

Fabián corrió hacia él. No llegó antes de la última palabra.

El recuerdo que cayó sobre los presentes no tuvo principio. Fabián estaba de rodillas junto a la mujer, en un suelo frío. Ella llevaba la chaqueta oscura y le apretaba la mano con una fuerza desesperada. Un niño dormía al otro lado de una puerta entornada. La mujer le pidió algo que él ya había prometido muchas veces: que no dejara de cuidar lo que ella había dejado atrás. Lo más aterrador no fue comprender sus palabras, sino sentir la necesidad de cumplirlas. Le dolía una pérdida que nunca había ocurrido en su vida.

Marcos se llevó una mano a la boca. Dijo que reconocía el olor del pelo de la mujer después de la lluvia. Lucía recordó haberle abrochado la chaqueta una noche de frío; Inés, que había oído el primer recuento pero no los dos siguientes, comenzó a llorar porque creía saber de pronto cómo había terminado aquella historia. Las versiones eran diferentes, pero todas empujaban hacia la misma obligación: quedarse, esperar y cuidar.

Una chaqueta mojada apareció colgada de un gancho bajo el tablón. Fabián no había oído abrirse la puerta ni acercarse pasos. El agua goteaba sobre las baldosas. Le faltaba un botón de nácar.

Durante un momento quiso ponerse la chaqueta. Pensó que así la mujer lo reconocería si volvía. Le pareció una idea natural, incluso bondadosa, hasta que vio en la libreta la primera frase que había escrito el miércoles: «No sé quién es». Apretó el papel con ambas manos. Aquella ignorancia era la última certeza que todavía le pertenecía por completo.

—No vamos a volver a decir cuántas hay —dijo.

Lucía miró la hoja del tablón, la chaqueta y las macetas. Comprendió que si el inspector llegaba por la mañana y hacía su trabajo en voz alta, el patio entero escucharía otro recuento. Había personas que ya hablaban de la mujer como de alguien ausente de su familia. Nadie sabía a quién recordarían después, ni qué pertenencia aparecería, ni cuánto espacio acabaría ocupando aquel dolor en sus vidas.

Fabián propuso deshacer la hilera. No destruir los recipientes: separarlos hasta que dejaran de ser un conjunto que alguien pudiera recorrer con la voz. Lucía autorizó repartirlos entre vecinos que tenían patios o balcones propios. Fabián les pidió que no los alinearan, que no hicieran listas en voz alta y que no se preguntaran unos a otros por una cantidad. Si alguien no quería recibir una maceta, podía negarse. Todos aceptaron hacerlo antes del amanecer.

Trabajaron a oscuras, con las farolas de la calle y la claridad que precedía al día. Fabián levantaba una maceta, la entregaba a quien aguardaba junto a la salida y regresaba por otra. Cuando alguien preguntaba si faltaba mucho, respondía: «Mira el suelo». No usó marcas, no juntó los recipientes que salían ni fue diciendo nombres para llevar la cuenta. Las macetas terminaron en lugares separados, lejos del patio, bajo el cuidado de personas que conocían la advertencia. No quedó ninguna junto a la pared.

Al despejar las últimas baldosas, Fabián sintió el impulso de repetir mentalmente la secuencia, solo para asegurarse de haber acabado. Lo detuvo mirando el desagüe vacío. Era suficiente comprobar que no había nada allí. No necesitaba convertirlo en un número.

La chaqueta seguía colgada bajo el tablón. Nadie quiso tocarla. El botón y la llave continuaban guardados en sus sobres; el guante, envuelto en papel. Los recuerdos tampoco desaparecieron. Inés aún podía describir a la mujer de la parada, Lucía seguía oliendo aquella naranja imposible y Fabián recordaba con una precisión insoportable la mano que había sostenido en el suelo frío. La diferencia era que, por primera vez desde el miércoles, ninguno había recibido una escena nueva.

El funcionario municipal llegó poco después de que saliera el sol. Traía una carpeta y preguntó por los recipientes comunitarios que figuraban en el aviso. Lucía explicó que se habían distribuido con autorización entre viviendas y que el patio ya no contenía macetas de uso común. Él miró la pared, las baldosas despejadas y su formulario.

—Entonces aquí no hay nada que contar —dijo.

Fabián sintió que el pecho se le aflojaba. El hombre hizo una anotación sin pronunciar ninguna cifra y salió del edificio. No vio la chaqueta húmeda: el tablón quedaba a su espalda.

Inés volvió con la regadera, más por costumbre que por necesidad. Se detuvo en medio del patio, levantó los ojos hacia el cielo limpio y luego miró el lugar donde había estado la hilera. Esta vez no inclinó la regadera. La dejó sobre el banco y le pidió a Fabián que la ayudara a recordar qué hacía allí cada mañana antes de que empezara todo. Él le habló de las baldosas, de la escoba, de la puerta que solía atascarse. No mencionó a la mujer.

Cuando Inés subió las escaleras, Fabián se quedó solo bajo la luz de la mañana. El patio parecía más ancho sin los recipientes. Se permitió pensar que habían detenido algo, aunque no pudiera arrancarse de la memoria aquel guante azul ni explicar por qué le dolía recordar una despedida ajena.

Entonces vio una hoja nueva en el tablón. No era el aviso municipal. Era el calendario de riego del mes siguiente, escrito con la letra estrecha que acostumbraba usar el antiguo jardinero. El patio ya no tenía macetas comunitarias; nadie había preparado turnos. Sin embargo, en la primera casilla figuraba su nombre: Fabián.

Debajo, la chaqueta seguía goteando sobre las baldosas secas.